

CESEDEN

E L E J E R C I T O

- Por Héleno SAÑA -

(De "Índice", de fecha
1 de mayo de 1974.)

Mayo, 1974

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 83 - VI

Hallándose en su lecho de muerte, el año 211 después de C., el emperador Severo llamó a sus hijos y les aconsejó que procurasen mantener buenas relaciones con el Ejército y no se preocupasen de los demás — grupos y clases sociales. No otra cosa recomendaba Maquiavelo a Lorenzo de Médicis: "Un príncipe no debe tener otro objeto, otro pensamiento, ni cultivar otro arte más que la guerra, el orden y la disciplina de los ejércitos" (1). Severo y Maquiavelo no son los únicos gobernantes o tratadistas que han visto en las fuerzas armadas la columna vertebral de las naciones; el ensalzamiento de las instituciones militares constituye un fenómeno frecuente; aparece por lo regular en fases históricas en las que el poder civil ha perdido su autoridad moral y se muestra incapaz de ejercer con eficacia su misión gubernamental.

El desdén más o menos abierto por las clases y estamentos no castrenses es comprensible y lógico en la medida en que representa una reacción dialéctica frente al fracaso o la corrupción de la vida civil; pero esta actitud es injustificada cuando quiere convertirse en principio fijo, en dogma... Es tan injustificada como la actitud de quienes juzgan las instituciones militares por sus desviaciones y defectos.

No comparto en modo alguno la denominación "a priori" del Ejército, pero tampoco estoy de acuerdo con quienes ven en él la solución exclusiva para todos los problemas de la sociedad. Considero nociva toda hegemonía exagerada de un grupo social o profesional sobre los demás. — ¿Por qué?, se me preguntará. Por una razón bien sencilla: un estrato social dotado de excesivos poderes despertará siempre, a largo plazo, el recelo y la hostilidad de las demás fuerzas sociales y pondrá en peligro la dinámica colectiva, que ha de estar basada en el equilibrio y la proporción

(1). — Maquiavelo, EL PRINCIPE, pág. 73. Madrid 1961.

Me atengo en esto a la máxima de Diderot: "Un cuerpo cuyos miembros gozasen sin interrupción del derecho de representar al Estado se convertiría pronto en su dueño o en su tirano" (1).

El Ejército es una parte de la nación, no su todo. Su modo de actuar es a veces integral y absoluto - como en la guerra o bajo un estado de excepción - . pero sólo excepcionalmente y con carácter transitorio. No se olvide nunca que el Ejército recibe su poder del pueblo, y que este poder, en rigor, no le pertenece, es un bien nacional y común. No se olvide tampoco que la misión primaria de las fuerzas armadas no es la de formar un organismo aparte dentro de la nación, sino la de proteger a ésta de sus enemigos exteriores y, en caso necesario, de sus enemigos interiores. Para cumplir esta función, el Ejército necesita a veces prescindir de ciertas convenciones y usos civiles y aplicar principios militares al conjunto de la sociedad. Pero ello no invalida la fidelidad básica del Ejército al Estado, como depositario de las leyes, la voluntad popular y la soberanía nacional. Y al decir esto no rebajamos la dignidad y grandeza del Ejército; al contrario, hacemos sino subrayar su esencia suprema, que es la de actuar de sostén de la legalidad y el orden.

LO CIVIL Y LO MILITAR

En una ordenación racional de la sociedad, es el poder civil el que tiene que gobernar, y no el poder militar. Platón adjudicó por ello buen tino a los guerreros la misión de defender a su república ideal, reservando a los filósofos la tarea de legislar. Y Montesquieu aconsejaba con respecto a las gentes de guerra: "Se hará bien en no darlos empleos civiles a tales hombres, es preciso, al contrario que sean contenidos por los magistrados civiles" (2).

No voy tan lejos como Montesquieu; creo que los militares son en principio tan aptos como cualquier otro estrato profesional para desempeñar cargos y funciones civiles. Es un prejuicio creer que las cabezas civiles son más inteligentes que las cabezas militares. Los grandes caudillos militares han sido casi siempre, a la vez, grandes legisladores y hombres de Estado: Alcibiades, Alejandro el Grande, César, Napoleón y, en nuestros

(1). - Diderot, OEUVRES POLITIQUES, págs. 53-54. París, 1963.

(2). - Montesquieu, DE L'ESPRIT DES LOIS, Tomo I, pág. 75 París, 1956.

días, Mao Tsetung. Hoy no se puede, por lo demás, trazar una tajante línea divisoria entre las instituciones militares y las civiles. Los ejércitos modernos dedican en tiempos de paz - que son los más duraderos - una parte de su potencial mecánico a realizar tareas no militares, como construcción de carreteras, extinción de grandes incendios, limpieza de escombros, salvamento de víctimas o aprovisionamiento de la población civil con viveres y medicamentos. Y en los cuarteles modernos existen desde hace tiempo talleres en los que los soldados pueden aprender oficios que antes sólo se aprendían en la vida civil. Una parte considerable del personal técnico, administrativo y auxiliar del Ejército es hoy civil.

En los países muy industrializados, el Ejército se ha "desmilitarizado" en alto grado, asumiendo en parte modos de pensar y técnicas procedentes de la vida civil. La creciente interpretación e interdependencia entre lo militar y lo civil convierte en anacrónico todo esquema que parta de una separación taxativa entre el Ejército y el resto de la nación, que forman una síntesis indivisible.

De lo que se trata es de no confundir la naturaleza intrínseca de la vida civil y de la vida militar. Ambas son, por sus orígenes y sus fines esencialmente distintas. El Ejército simboliza la fuerza armada de la nación, no la fuerza política. Una sociedad no debe estar organizada como un cuartel, como lo estuvo Esparta. La vida civil está basada en el diálogo y en la deliberación, descansa sobre un conjunto de leyes y normas de convivencia cuya estructura ha de ser democrática y horizontal. En cambio, la vida militar está basada en los conceptos de mando y subordinación, es vertical y jerárquica. La responsabilidad única recae sobre los hombros de un sólo individuo, de un comandante o jefe supremo. La esencia de la vida militar es la disciplina y la obediencia, la de la vida civil es la libertad subjetiva y el desarrollo espontáneo de las voluntades particulares.

La vida civil requiere, por su complejidad, su riqueza y su variedad, la participación sustantiva y activa de cada uno de los miembros del cuerpo social, y esta participación alcanza su máxima virtualidad sólo cuando se apoya en el principio de la cooperación voluntaria. El principio de mando como sistema único de organización social atenta contra la condición racional del ser humano, que ha nacido no sólo para obedecer y cumplir órdenes, sino también para pensar por su cuenta, para discutir y, si es necesario, para negarse a cumplir aquellas órdenes que considere erróneas o injustas. Todo ciudadano está obligado, como miembro de una colectividad política, a cumplir los deberes militares que la ley prescriba;

pero fuera del ámbito castrense, nadie tiene potestad moral sobre él para dictarle actos que atenten contra su voluntad o su conciencia, Me haya sido dada por Dios o por la naturaleza, mi vida me pertenece y es mía, y de ella nadie puede disponer sin mi consentimiento. Eso es lo que nos enseña el Derecho natural, la Doctrina cristiana y los Derechos humanos.

INTERVENCIONISMO MILITAR

Pero cuidado: poder civil es o ha de ser por definición orden público, paz, seguridad, respeto a las leyes. Cuando el poder civil fracasa y no es capaz de cumplir estos objetivos, se anula y descalifica a si mismo, deja en realidad de existir, desaparece. Una sociedad en desorden no es más que una sociedad en guerra. La intervención militar es entonces inevitable y, casi siempre, preferible a la perpetuación del caos. "A Dios, lo que es de Dios, y al César, lo que es del César!"

Un poder civil incapaz de garantizar el orden público correrá siempre el riesgo de ser apartado de un manotazo por el sable militar. Los militares descontentos actuarán siempre de acuerdo con la máxima de Donoso Cortés: "Cuando la legalidad basta para salvar la sociedad, la legalidad; cuando no basta la dictadura" (1). La dictadura, aunque sea ejercida formalmente por funcionarios civiles, es siempre, por esencia, dictadura "militar". ¿En qué países y en qué situaciones ha intervenido políticamente el poder militar? En aquellos países y situaciones en que el poder civil no ha estado en condiciones de cumplir su misión básica.

España constituye el mejor ejemplo de esta ley histórica. Toda la historia de nuestro país es, a partir de Riego, un pugilato incesante entre un poder civil inepto y un poder militar indignado ante esa ineptitud. Y en esta pugna secular participan no sólo generales de derecha - a su cabeza Narváez - sino también jefes militares de izquierda como el propio Riego, Espartero o Prim. Es sólo a partir de la Restauración cuando predomina la hegemonía de generales "conservadores". España, decía Castelar, es un país en que "una parte de nuestros generales sublevan al Ejército en nombre de la libertad, y otra parte de nuestros generales sublevan al Ejército en nombre de la autoridad". (2).

(1). - Donoso Cortés, OBRAS COMPLETAS, Tomo II pág. 188. Madrid 1946.

(2) Castelar, DISCURSOS PARLAMENTARIOS, pág. 243. Estudio, notas y comentarios de texto por Carmen LLorca. Madrid, 1973.

España no es el único ejemplo; en los países del tercer mundo asistimos desde hace años a una emergencia incesante de regímenes militares. La causa es siempre la misma: La incapacidad del poder civil para resolver por vía pacífica y deliberativa los problemas y conflictos inherentes a toda sociedad.

¿Es deseable que los militares intervengan directamente en los asuntos políticos y sustituyan al poder civil? . Cuando la sociedad funciona bien no es deseable, pero cuando funciona mal sí. En todo caso, la intervención del Ejército en la vida política es sinónimo de inmadurez cívica por parte del cuerpo social. Si los hombres quieren mantener a las fuerzas armadas en los cuarteles y cuartos de bandera no tienen más que dominar sus pasiones políticas y organizar una convivencia racional; cada vez que no se atengan a esta regla de conducta tendrán que someterse a la incomoda disciplina del "bandó" militar.

NECESIDAD DEL EJERCITO

Pocas personas negaran el papel predominante que las fuerzas armadas han desempeñado a lo largo de la historia. Federico el Grande no carecía de razón al señalar que "el destino de los pueblos depende de batallas decisivas" (1). Toda la historia de España se parece a una ininterrumpida campaña belica, desde Viriato hasta el 2 de mayo. Las libertades y fueros de nuestras villas y ciudades medievales tienen origen militar, se gestan durante la Reconquista. Y cuando España entra en su fase de decadencia y postración es precisamente cuando sufre sus grandes desastres militares, desde Rocroi al 98. ¿Quién no recuerda con dolor las humillaciones impuestas por los Estados Unidos de America a la España de la — Restauración? .

El Ejército es un reflejo de la ley de la vida, que en una de sus dimensiones fundamentales se compone de lucha y de guerra. Es cierto que la estructura de nuestras sociedades industriales es esencialmente civil, pero las instituciones militares son hoy tan indispensables como lo fueron en épocas anteriores. La era burguesa de la historia no ha engendrado — menos guerras que la era feudal. Napoleón Bonaparte escribía, el 25 de

(1). - Federico el Grande, MILITARISCHE SCHRIFTEN, pag. 169. Berlin 1882.

abril de 1807, a un joven monarca reacio a las cuestiones castrenses: "¡He ahí una idea divertida: un Estado que quiere ser independiente y no quiere tener Ejército!" (1). Es también cierto que la diplomacia moderna ha aminorado el peligro de las guerras, pero sería ingenuo creer que la pericia de los diplomáticos basta por sí sola para asegurar la paz entre los pueblos. No hay que perder de vista lo que el gran general y estratega alemán Heinrich Dietrich von Bülow decía al respecto: "La espada de la guerra hace caer la pluma de la mano de los diplomáticos" (2).

Si los pacifistas tuvieran razón, los ejércitos serían inútiles. Pero una cosa son los ideales y otra la cruda realidad. Toda nación soberana y libre debe contar con unas fuerzas armadas eficaces y potentes. Suiza, el país más pacifista del mundo, posee sin embargo un Ejército modelo. Una nación incapaz de defenderse se convertirá siempre, a la larga, en un satélite de otras naciones más fuertes.

La disminución o incluso desaparición de los ejércitos sólo es concebible en una fase muy avanzada de la historia, cuando la humanidad haya aprendido a respetar las normas del Derecho internacional y a renunciar a la fuerza para solventar sus diferencias. Pero este sueño - que todo hombre de buena voluntad debe abrigar - es hoy irrealizable. ¿Es necesario recordar que el siglo XX es uno de los siglos más violentos de la historia universal? .

MILICIA Y POLITICA

El Ejército es el grupo social con más acumulación de poder físico. Es un cuerpo armado, en posesión de tropas, cuarteles, armas, - medios de comunicación y otros dispositivos de poder. Fuera del Ejército y de las fuerzas de orden - como la Policía - no hay en la sociedad ningún grupo armado. Pues bien, todo Ejército no dotado de una elevada conciencia política y cívica tenderá siempre a valerse de su poder físico para alcanzar objetivos ajenos a su misión original. Hemos dicho ya - y lo repetimos aquí - que se dan a veces circunstancias históricas excepcionales en que las fuerzas armadas no tienen más remedio que intervenir - en la vida pública para salvar a la nación del caos y la hecatombe social.

(1). - Napoleón Bonaparte, CORRESPONDANCE, tmo XV, pág. 151. París 1864.

(2). - Heinrich Friedrich von Bülow, MILITARISCHE UND VERMISCHTE SCHRIFTEN, pág. 88. Leipzig, 1853.

Pero no es ese el peligro. Cuando el Ejército sale a la calle para poner fin a una situación de emergencia no está abusando de su poder, sino que, al contrario, cumple con su deber que es el de impedir que la nación se desangre a sí misma. El peligro es el de que la milicia quiera imponer su poder siempre, en todo momento, también en aquellos casos en los que no existe un motivo objetivo para ello. Cuando el Ejército incurre en esta actitud está desviándose de su misión básica y se convierte en una "facción" más, en un "grupo de presión" político.

El Ejército no debe convertirse nunca en una guardia pretoriana, como en la Roma de la decadencia, ni en una facción al servicio de un determinado grupo social. Representa la totalidad, por esencia. Un Ejército está politizado o cuando interviene en un momento dado en la vida de una nación, sino cuando se identifica él mismo con una parte del cuerpo social. El " ethos " castrense está basado en la idea de servicio, y servicio es por antonomasia servicio a la patria, al conjunto de la nación no servicio doméstico a alguien o a algunos.

El Ejército no debe hacer política ni debe politizarse. Su misión es otra. Eso no quiere decir que los militares tengan que ser apolíticos. Considero funesto un Ejército compuesto de oficiales apolíticos. El militar debe estar informado de lo que ocurre en la sociedad, debe ser no sólo soldado sino también ciudadano, debe sentirse miembro cabal de la nación cuya defensa e integridad ha asumido. Según ha dicho Alvaro de Albornoz: "La política es, en su función más específica, gobierno; pero en su sentido más amplio es, ante todo, ciudadanía. El Ejército no debe intervenir en el gobierno, pero tampoco puede ser extraño a la ciudadanía"(1). Precisamente porque está investido de una responsabilidad superior a la de cualquier otro grupo social, el militar debe poseer una formación política y ética de primer rango, debe tener una noción clara de lo que es la justicia la libertad y el derecho. Que un gerente dirija mal una fábrica es perjudicial, pero no grave; más que un general se equivoque, en la guerra o en la vida política, puede tener consecuencias fatales. Cuanto más culto sea un Ejército menos se dejará manipular por los políticos que quieren utilizarlo para sus fines, más cuidadosamente sopesará sus decisiones.

EL MILITARISMO

Militarismo no es la intervención de los militares en la vida civil- intervención que a veces puede ser ineludible -, sino la creencia fija de que el poder civil es por sí ineficaz para gobernar.

(1). - Alvaro de Albornoz, "El Ejército y la Política", en NUESTRA ESPAÑA núm. III, pág. 11, diciembre de 1939. Cuba.

No todos los militares son "militaristas". Al contrario: me parece a mí que lo que de verdad anhela el militar consciente es servir a un poder civil eficaz y justo. Rebelarse ante la autoridad civil significa para el oficial casi siempre un grave conflicto de conciencia. Eso explica que la milicia suele intervenir políticamente "in extremis", cuando ha llegado a la conclusión de que han quedado agotadas todas las posibilidades de resolver los problemas de la sociedad por vía pacífica. Explica también que por lo común - los militares devuelven el poder a la autoridad civil una vez sofozada la crisis que les obligó a intervenir.

¿En qué consiste, pues el militarismo? . El signo básico del militarismo consiste en confundir la ineptitud de un equipo gubernamental determinado con el poder civil en sí, como principio. El poder civil es a menudo corrupto e inepto, pero sería ridículo afirmar que es por esencia sinónimo de corrupción e ineptitud. Quien así piensa mancilla el honor y la integridad moral de los miles y millones de estadistas y magistrados civiles que a lo largo de los siglos han servido lealmente al Estado. La alternativa racional frente a un poder civil corrupto e inepto no es el régimen militar, sino un poder civil íntegro y eficaz. No quiero negar que para pasar de un estadio a otro sea a veces necesario una fase de disciplina castrense, pero la presencia del uniforme en la vida civil debe ser lo más breve y tenue posible.

Son ciertos políticos los que postulan casi siempre el militarismo, no los militares. La intervención militar en la vida civil ha solido partir de la iniciativa y de las instigaciones de jefes de "partido" incapaces de ganar por sus propios medios el poder político. Para ello no han dudado en adular y despertar los bajos instintos de los jefes y oficiales. Muchos militares se han prestado alguna vez a derribar a un régimen creyendo que servían al bien de la patria, cuando en realidad estaban sirviendo los intereses políticos o económicos de una "clique" ambiciosa. Los pronunciamientos militares ocurridos en España en el transcurso del siglo XIX y parte del XX fueron en buena parte el resultado de una maniobra política.

EL ANTIMILITARISMO

La idea de que lo militar es superfluo y perjudicial a los Estados aparece en una fase tardía de la historia. En la Antigüedad no había apenas separación entre los deberes ciudadanos y el oficio de la guerra. So

crates, el filósofo más grande de Grecia, fue un guerrero valiente. Formar parte de la milicia era un privilegio que sólo se concedía a los habitantes de las ciudades con categoría de ciudadano; los esclavos y metecos no -- eran llamados a filas, y cuando, por falta de hombres, se les tenía que -- incorporar al frente se les otorgaba antes el "status" de ciudadano.

El menosprecio de la profesión militar alcanza su punto culmi-
nante con el triunfo de los valores burgueses, arranca de la valoración del
trabajo mercantil y utilitario como expresión suprema de la actividad hu-
mana. La nobleza es la última clase que ve en la guerra el valor más al-
to; a partir del triunfo de la burguesía, la carrera de las armas pasa a --
convertirse en sinónimo de ociosidad, ignorancia y agresividad. Spencer --
es el teórico de la superioridad del espíritu industrial sobre el espíritu --
militar. Saliendo a su paso, Ortega y Gasset escribirá: "La ética indus- --
trial, es decir, el conjunto de sentimientos, normas, estimaciones y prin-
cipios que rigen, inspiran y nutren la actividad industrial, es moral y vi-
talmente inferior a la ética del guerrero. Gobierna a la industria el prin-
cipio de la utilidad, en tanto que los ejércitos nacen del entusiasmo. En la
colectividad industrial se asocian los hombres mediante contratos, esto es,
compromisos parciales, externos, mecánicos, al paso que en la colectivi-
dad guerrera quedan los hombres integralmente solidarizados por el honor
y la fidelidad, dos normas sublimes. Dirige el espíritu industrial un cau-
teloso afán de evitar el riesgo, mientras el guerrero brota de un genial ap-
petito de peligro"(1) Incluso Kant, el teórico de la "paz eterna", escribió: "La
guerra misma no necesita de ningún movil especial, sino que aparece co-
mo algo consustancial a la naturaleza humana, incluso como algo noble, a
lo que el hombre es impulsado por el instinto del honor, sin móviles egois-
tas" (2).

El antimilitarismo es tan irracional y sectario como el milita-
rismo. La burguesía olvida que si un día pudo triunfar como clase fue por
que supo combatir y derrotar militarmente a la nobleza. ¿Que hubiera si-
do de la Revolución francesa sin el entusiasmo la pericia militar de los --
ejércitos republicanos? ¿No vibra cierta energía militar en la burguesía --
de la primera hora? Sorel anota al respecto: "Cuando se estudia la econo

(1).- Ortega y Gasset, ESPAÑA INVERTEBRADA, págs. 42-43. Madrid
1967.

(2).- Kant, WERKE, tomo XI, pág. 222 Francfort, 1964.

mía moderna es preciso tener siempre en cuenta el paralelismo entre el tipo capitalista y el tipo guerrero; con gran razón se ha llamado capitanes de industria a los hombres que han dirigido empresas gigantescas"(1).

El antimilitarismo no surge naturalmente del vacío; tiene raíces históricas concretas y bien fundadas. En manos de los señores feudales, de la aristocracia y de los príncipes, la carrera de las armas se había convertido en una fuente de opresión y de arbitrariedad, alejándose de su esencia original, que es la defensa. La burguesía tenía, pues, perfecta razón al indignarse contra la degeneración de las instituciones militares.

Por otra parte, los burgueses han implantado en las fábricas y centros de producción una disciplina más temible e inhumana que la que impera en los recintos cuartelarios. Nietzsche observaba: "Soldados y jefes matienen entre sí un trato más elevado que el que existe entre los obreros y empresarios" (2). ¿Cabe disciplina más brutal que la de estar sometido durante ocho horas a la monótona e implacable cadencia de las bandas cadenas de producción? Permitásenos reproducir aquí lo que escribía - mos hace algún tiempo en un contexto parecido: "Sobre la esencia del espíritu burgués circulan todavía los más toscos conceptos. La libertad de producción y de tráfico comercial, la libre iniciativa, el principio de competencia y el liberalismo político defendidos por la burguesía industrial - sólo constituyen una parte de su personalidad. Si de puertas afuera la burguesía fue siempre esencialmente civil, de puertas adentro sus formas de organización son de extracción militar: centralismo absoluto, estructura jerárquica de los mandos y obediencia incondicional en la base" (3)

Los cementerios de la tierra dan cobijo a millones y millones de hombres muertos en los frentes de batalla del mundo, pero no hay que olvidar los otros millones de mujeres, niños y hombres que a lo largo de la revolución industrial - sobre todo en su fase manchesteriana - dejaron sepultada su salud y, a veces su vida en las mazmorras industriales montadas por la burguesía. Muchos hombres murieron en la guerra sin sentido

(1).- Sorel, REFLEXION SUR LA VIOLENCE, pag. 114. París, 1950.

(2).- Nietzsche, DIE FROHLICHE WISSENSCHAFT, página 85. Munich - 1959.

(3).- Heleno Saña, CULTURA PROLETARIO Y CULTURA BURGUESA, págs. 89-90. Madrid 1972.

pero otros defendiendo la libertad y dignidad de los pueblos. El martirio sufrido por los obreros de ambos sexos en las fábricas capitalistas servía en cambio a un fin ruin y vil: enriquecer a la burguesía.

EJERCITO Y REVOLUCION

Todas las grandes revoluciones modernas han sido, en parte, o totalmente acciones militares. Lo que distingue en realidad a Lenin, - Trotski, Mao Tse-tung, Tito, Castro o Che Guevara de otros líderes revolucionarios es que pensaban o piensan en términos militares. Bakunin fue siempre esencialmente un conspirador y un agitador, un tribuno del pueblo, no un caudillo militar, a pesar de que era oficial de profesión y estuvo durante algunos años servicio en un regimiento. Marx veía la historia - con los ojos del profesor de filosofía y nunca apareció ni en una barricada ni en un tumulto. Engels, en cambio, no sólo combatió con las armas en la mano - en un destacamento militar durante la revolución alemana, sino que dedicó siempre gran atención al estudio de los temas militares, de los que era un experto. De ahí que sus amigos le llamasen "el General".

Lenin ha subrayado centenares de veces la importancia de lo militar en la historia y en la revolución. Así, por ejemplo: "El ejército revolucionario es necesario para la lucha y la dirección militar de las masas populares contra las fuerzas armadas que todavía se encuentran del lado de la autarquía. El ejército revolucionario es necesario porque los grandes problemas históricos sólo pueden ser solucionados por medio de la violencia, y la organización de la violencia es en la lucha moderna una organización militar" (1). De manera parecida Sorel: "las violencias proletarias...son pura y simplemente actos de guerra, tienen el valor de manifestaciones militares" (2).

De hecho, las revoluciones modernas no han sido realizadas sólo "manu militari" sino que han conducido en mayor o en menor grado a la implantación de dictaduras militares, aunque las tales sean llamadas "dictaduras del proletariado" y estén dirigidas formalmente por un partido político. Camus: "Los proletarios han combatido y han muerto para dar el poder a militares o intelectuales convertidos más tarde en militares" (3).

(1).- Lenin, ÜBER KRIEG ARMEE UND MILITARWISSENSCHAFT, tomo I, pág. 160. Berlin 1961.

(2).- Sorel, obra cit., pág. 161

(3).- Camus, L'HOMME REVOLTE, pag. 269 París 1959.

Las revoluciones del siglo XX han sido militares porque han triunfado bajo condiciones y supuestos históricos muy distintos a los que había previsto Marx. Todas ellas estallaron sin excepción en países carentes de una burguesía y un proletariado industrial pujantes, en medio de una sociedad regida por el despotismo y la fuerza, cerrada a toda solución política civil.

Pero ello no quiere decir que la revolución sólo es posible cuando es militar. En sociedades altamente industrializadas como las de los países occidentales no es probable que se produzcan revoluciones dirigidas por caudillos y jefes militares, como en los países del tercer mundo. Si es que ha de producirse, la revolución llegará aquí por vía política y será obre de un largo proceso de maduración, sin grandes traumas públicos. Claro que ello no será entonces una revolución, sino el resultado de una evolución. ¿Por qué no? ¿Quién ha dicho que la revolución violenta es mejor que la revolución pacífica? Marx, desde luego prefería esta última. También Proudhon e incluso Bakunin. En todo caso no hay en Europa ningún partido de izquierda representativo que postule hoy el golpe militar como instrumento de la lucha revolucionaria. Todos ellos aspiran a alcanzar el poder por vía civil y legal.

ESPAÑA

La parte más representativa del pueblo español no es, a mi juicio, militarista. Somos un pueblo con una gran tradición guerrera, pero no militarista. Gabinet lo ha dejado escrito para siempre: "España es por esencia porque así lo exige el espíritu de su territorio, un pueblo guerrero, no un pueblo militar (1).

Algunas regiones - Cataluña especialmente y en general todo el Mediterráneo - son particularmente antimilitaristas; si Castilla ha podido pasar por "militarista" se ha debido a que se incorporó con retraso a la revolución industrial y ha carecido durante varios siglos de vida burguesa, laboral y productiva.

Los españoles no aman espacilmente la disciplina castrense, pero es precisamente en nuestro país donde los militares han mandado -

(1).- Gabinet. IDEARIUM ESPAÑOL, págs. 42-43. Madrid, 1966.

más a menudo. ¿Es ello una contradicción? No: es el resultado dialéctico del hiperindividualismo de nuestro pueblo. Una nación que no se somete voluntariamente a la disciplina civil está condenada a someterse a una disciplina castrense. Los militares dejarán de mandar en España el día que los españoles aprendan a convivir sin matarse ni exterminarse unos a otros.

Una cosa parece clara: todo sistema político que en España intente gobernar contra la expresa voluntad del Ejército está condenado al fracaso. ¿Es necesario recordar las consecuencias que para nuestro país tuvo la actitud "antimilitar" de Azaña? O la sociedad española respeta a los militares en lo que éstos tienen que ser respetados, o los militares no respetarán a la sociedad española.

Hablar de política española sin plantearse con todas las consecuencias la cuestión militar, me parece una inconsecuencia y, en el fondo, una cobardía. Hay que tener el valor de decirles a los militares lo que pueden y no pueden hacer, para bien de ellos, para bien de todos, para bien de España. No hay que provocar al Ejército, pero tampoco hay que adularlo servilmente. Ambas actitudes son peligrosas y deshonestas. Yo estoy, además convencido de que los militares conscientes y responsables no desean ni que se les halague ni que se les provoque; desean que se les comprenda, que se dialogue con ellos, sin jactancia, pero también sin pusilanimidad.

En julio de 1936 se enfrentaron una parte de el Ejército y buena parte de el pueblo. Fue una hora trágica y luctuosa de nuestra historia. Ello no debiera ocurrir nunca más. Las fuerzas armadas y el pueblo deben marchar juntos, fraternalmente, ajenos al rencor y a la desconfianza. Que cada uno cumpla su misión, que cada uno respete la de los demás.

- - - - -